

un complemento, más que una rectificación, a su obra pasada.

Es el más inquieto de los escritores españoles actuales. Mientras unos descansan, fatigados o desorientados por el gran aluvión fecundante de la literatura rusa, y otros se mercantilizan, y otros dan fastidiosamente vueltas a la noria vacía de su espíritu, y otros, los jóvenes, se entretienen en triviales ensayos de forma, Valle-Inclán siente como pocos la profunda emoción de humanidad de este momento de tran-

sición histórica. Realizará o no estas aspiraciones nuevas de su perpetua juventud; pero el deseo y la movilidad espiritual le salvan, y si la fortuna nos diera para este hombre singular un Boswell paciente y concienzudo, las letras españolas tendrían en la biografía de Valle-Inclán un fecundísimo tratado de nueva estética literaria.

LUIS ARAQUISTAIN

(*La Voz*, Madrid).

EXHORTACION PATRIOTICA

Hecha a los estudiantes del Liceo de Costa Rica

y de la Escuela Normal en el 99º aniversario de nuestra Independencia

JÓVENES:

ESTÉ presente ante ustedes en este momento el genio majestuoso de la patria y sea él, también, el que dé fuerza y virtud a mis palabras y aliente, a su vez, con altísimas ideas el pensamiento de ustedes, quienes representan la reserva permanente de energías de donde la República saca sus mejores impulsos para vivir, mayor fe en sus destinos y una intención más firme de mantenerse cerca de los intereses ideales de la civilización.

En este día nos toca a nosotros celebrar el rito de este culto solemne de la libertad, que es la religión por excelencia del hombre, y respecto de la cual América parece ser un nuevo altar. La libertad es el enigma de este continente, y el hombre americano debe sentirse orgulloso de pertenecer a una raza a quien la Providencia puso el sello de esta divina y superior empresa. Ser libre es como la fórmula natural de nuestro pensamiento, palabras tan sagradas como las que han podido servir, alguna vez, para dictarle un nuevo evangelio a la humanidad.

En Costa Rica, esa expresión tiene en este bronce un signo, en las hazañas que él conmemora, una leyenda; en los hombres que han contribuido a realizar el sentido de la libertad en el espíritu nacional—con el ejemplo de sus vidas, con su acción cívica, con su fe profunda e inalterable en el bien de la República—los servidores de una noble idea. Y en ustedes, la posibilidad de hacer de este culto una fuerza moral efectiva y creadora de la nación. Ustedes no son solamente los guardianes o los héroes futuros de la libertad nacional, sino la sustancia en donde florece la libertad, divinidad eternamente joven.

El valor de esta obra mayestática, jóvenes, puede ser superior a vuestras

propias energías, a vuestra inteligencia y aun a vuestras esperanzas. Pero es necesario elevarse audazmente, como los mancebos bravíos y batalladores de la palestra helénica, por encima de estas limitaciones para penetrar en el fondo sagrado de los hechos que los convoca delante de este bronce severo. Por otra parte, es de almas robustas y propio de genios valerosos, poner sobre la voluntad empresas grandes, superiores a los recursos comunes del hombre.

Nos dieron los abuelos la libertad, serenos y sin vano orgullo, como cosa preciosa y difícil, más que como un regalo como una obligación, la de amarla, la de servirla, la de conservarla. La consagraron en América la sangre de una raza, el arrebató épico de los héroes, las palabras robustas de los grandes del Continente. La defendieron aquí nuestros modestos padres, honrados de haberla heredado, deseosos de vivirla ilustremente, temerosos de perderla, y es ahora el tesoro que nosotros celamos y a quien queremos dar entusiasmo y fidelidad, fortaleza y excelencia para mantenerla, no sólo como la divinidad protectora de América, sino como la ilusión de todo hombre que en cualquier parte del mundo se sienta aún esclavo de algún injusto poder.

No es hora de pensar en discordias ni en peligros ni en amenazas. Es hora de pensar en que somos libres y en que queremos dignificar esta verdad alentando en nosotros el sentimiento sincero de que la libertad constituye el patrimonio de nuestra vida. Nacimos para vivir en esta libertad, como otros pueblos nacieron para otros fines igualmente grandes. No podemos perderla mientras no queramos perderla, y no la perderemos, mientras le demos por asiento un corazón varonil, una voluntad fuerte y una vida ajena a debilidades y repro-

ches. Sólo un sentimiento de flaqueza moral nos hará incapaces de sostenerla sobre nuestra frente; una vida oscura y reprensible tendría que hacernos comprender que no tenemos derecho a vivirla en nuestro espíritu. La libertad tiene que significar para ustedes la posesión íntegra de la virtud de la vida. No conviene equivocarse con respecto a esto para no correr el riesgo de aparecer como desleales a su sentido. Yo no hablo de una libertad exclusivamente política ni de una libertad meramente civil. Hablo de lo que podría ser el fondo verdadero de la libertad, la prontitud de nuestra inteligencia para comprender el bien cierto del hombre, la resistencia de nuestra voluntad para servir fielmente a empresa humana gloriosa, la iluminación de nuestro espíritu para amar todo cuanto es grande sobre la tierra y todo lo que pueda constituir para nosotros una patria ilustre: el trabajo noble, la industria honrada, la institución sabia, el hombre justo, la ciencia activa, la belleza alimentadora del genio, y la justicia. No debemos equivocarnos sobre lo externo de las cosas, ni pensar que cumplimos con nuestro deber haciendo ciudades, proclamando principios, dictando leyes o desarrollando empresas. Todas estas cosas tienen que ser vanas cuando no vienen del fondo mismo del espíritu del hombre, o mejor dicho, del espíritu de la nación y ellas, en cambio, sirven a la patria cuando responden al anhelo de la sociedad o del ciudadano de consagrarse cada vez más lealmente a las exigencias de los intereses sagrados del mundo. Esta es la gran virtud de la patria del hombre, quien quiera que él sea y donde quiera que ella esté. Porque en donde haya un grupo de hombres que trabajen con liberal espíritu por darle realidad a las aspiraciones superiores del mundo, allí hay una patria en donde pueden plantar su tienda y sentirse tranquilos todos los hombres de la tierra. La patria no puede ser otra cosa que centro activo de civilización y la civilización es la virtud del mundo.

También estas horas son grandes por el poder de iniciación que tienen para el individuo. Saber libertarse de errores y prevenciones, saber independizarse de instintos torpes, saber libertarse de las tinieblas que llenan nuestro corazón o nuestra inteligencia, es una manera de trabajar en nuestro provecho y de darle algo de lo nuestro a la república. Orientar nuestra vida hacia nuevos senderos, fortalecerla con nuevas energías, elevarla hacia nuevas resoluciones, es una forma de renovar el alma nacional. Es necesario, jóvenes, crear en nosotros el hombre y por su virtud, crear desde su seno recóndito a la patria: la patria y la humanidad no son otra cosa que